

SUDÁN DEL SUR: la paz ausente

Tras el acuerdo de paz de 2018, los dirigentes del país más joven del mundo no han logrado un gobierno de transición y el largo conflicto sigue amenazando la estabilidad del África Oriental

LA población de Sudán del Sur solo ha conocido la guerra y el sufrimiento, y aun tendrá que esperar para vislumbrar un futuro seguro y próspero que garantice su existencia. En 1956, el nefasto final del poder colonial de Reino Unido —con la conformación de un único país, Sudán— cercenó sus anhelos de soberanía. Desde entonces, lucharon contra el gobierno de Jartum hasta que el 9 de julio de 2011, y tras un largo proceso de paz, alcanzaron su ansiada independencia. Por derecho propio, Sudán del Sur entraba en la comunidad internacional, si bien los nuevos dirigentes nacionales y antiguos líderes rebeldes pronto se convirtieron en el principal lastre para el país más joven, y también uno de los más pobres, del mundo. Con celeridad, se esfumaron las esperanzas de paz y desarrollo, y los peores augurios —tan perversos como previsibles— se convirtieron en cruenta realidad.

En diciembre de 2013, las máximas autoridades de Sudán del Sur (el presidente Salva Kiir, de la etnia Dinka, y el por entonces vicepresidente Riek Machar, líder Nuer), demostraron,

como habían hecho siempre, que la única forma de dirimir sus diferencias era hacer hablar a sus armas. Para Kiir, la deslealtad de su *mano derecha* había alcanzado su punto álgido: le acusó de orquestar un golpe de Estado para hacerse con las riendas del país. Una denuncia siempre desmentida por Machar, pero que no fue suficiente para evitar el conflicto. Así, la lucha armada y la rivalidad étnica estalló en la capital, Juba, y la pólvora de la violencia deflagró con extrema virulencia por todo el territorio, especialmente por los estados norteños y petroleros de Sudán del Sur: Jonglei, Alto Nilo y Unidad.

La guerra civil que padece ha costado ya más de 400.000 muertos y cuatro millones de desplazados

ETNIAS Y AMBICIÓN

Desde entonces, sus trifulcas personales para hacerse con el poder político y el control de los recursos avivaron una rivalidad étnica que ha provocado una catástrofe humana de dimensiones insoportables: más de 400.000 víctimas mortales y cuatro millones de indefensos han huido de sus hogares y ahora sobreviven desplazados dentro del país o refugiados fuera de sus fronteras. Además, y según UNICEF, cuatro millones de niños sufren una auténtica tragedia —miles de ellos son reclutados a la fuerza por los distintos grupos armados—, y el hambre amenaza a la mitad de los once millones de sursudaneses. Situación a la que se suma el colapso económico y social: la explotación del crudo —el 97 por 100 del presupuesto del Gobierno— está prácticamente paralizada; el acceso a los recursos más básicos (agua potable y electricidad) cada vez es más problemático y gran parte de las escuelas del país, así como sus escasas infraestructuras sanitarias y viales, están cerradas o destrozadas por los efectos de la violencia.

Por todo ello, la mayoría de la población depende de la ayuda humanitaria



UN Photo/Eskinder Jebabe

Ceremonia por la independencia del país en julio de 2011 con la presencia de los presidentes de Sudán del Sur, Salva Kiir Mayardit, y de Sudán, Ahmad Al-Bashir. A la izquierda, un soldado del ejército sursudanés hace guardia en la localidad de Mvolo. Debajo, un grupo de refugiados en un campamento de ACNUR en Uganda, país que acoge a cerca de un millón de sursudaneses.



Philip Dhill/EFE



UNISS/JAC McIlwaine



Nektarios Markogiannis / UNPhoto

sufrimiento de la población de Sudán del Sur; pero, ahora, la falta de voluntad o la incapacidad de sus actuales dirigentes para hacer realidad un proyecto nacional, pacífico y próspero les ha llevado a la más absoluta frustración y desesperanza, que ya no parecen dispuestos a soportar.

FALTA DE VOLUNTAD

Desde el estallido del conflicto, se sucedieron las iniciativas internacionales para alcanzar un acuerdo de paz entre los dos bandos enfrentados, que siempre se toparon con la falta de voluntad de ambos dirigentes políticos para frenar los enfrentamientos entre el otrora rebelde Ejército/Movimiento de Liberación de Sudán (SLPA/M) —ahora reconvertido en el Ejército de Sudán del Sur— y las fuerzas leales a Machar, denominadas SPLA/M en Oposición (IO). Ante este sangriento panorama, el entonces secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon, instaba a la comunidad internacional a reforzar su compromiso con Sudán del Sur para que «hiciese ver a sus mandatarios que no podían seguir supeditando el destino del país a sus ambiciones personales».

Por entonces, y siempre con el firme apoyo de la comunidad internacional, la Autoridad Gubernamental para el Desarrollo (IGAD) del África Oriental

internacional, muchas veces inviable por razones de seguridad, mientras, cientos de miles de personas solo encuentran protección en los campamentos de la Misión de Asistencia de Naciones Unidas para Sudán del Sur (UNMISS), donde incluso en ocasiones también han sido atacados. Esta misión internacional —la única en este país africano— desplegó en 2011 para colaborar en la estabilidad de Sudán del Sur tras su independencia. Sin embargo, después del estallido del conflicto de 2013, la ONU decretó que el cometido prioritario de los 19.000 cascos azules (militares y policías) sería proteger a la población. Pero su labor no ha sido suficiente, pues 2,2 millones de indefensos han tenido que escapar a países limítrofes, donde malviven en inmensos campos de refugiados.

Ante este terrible escenario, que tardará décadas en revertirse, no es de extrañar que (lamentable paradoja) muchos piensen que sobrevivir en su propia tierra es ahora más difícil que cuando soportaban el yugo opresor del gobierno de Sudán. De hecho, hoy 810.000 sursudaneses prefieren subsistir en el vecino del norte, donde los niveles de seguridad —sobre todo, después del derrocamiento pacífico del dictador Al Bashir en abril de 2019— son muy superiores a cualquier tiempo pretérito. Durante décadas, los anhelos de independencia parecían justificar el

Un miembro de la misión de la ONU en Sudán del Sur (UNMISS) examina a un niño en el campo de refugiados de Akrobo.

Celebraciones en julio de 2014 con motivo del tercer aniversario de la independencia de Sudán del Sur.



Phillip Dhill/VEE

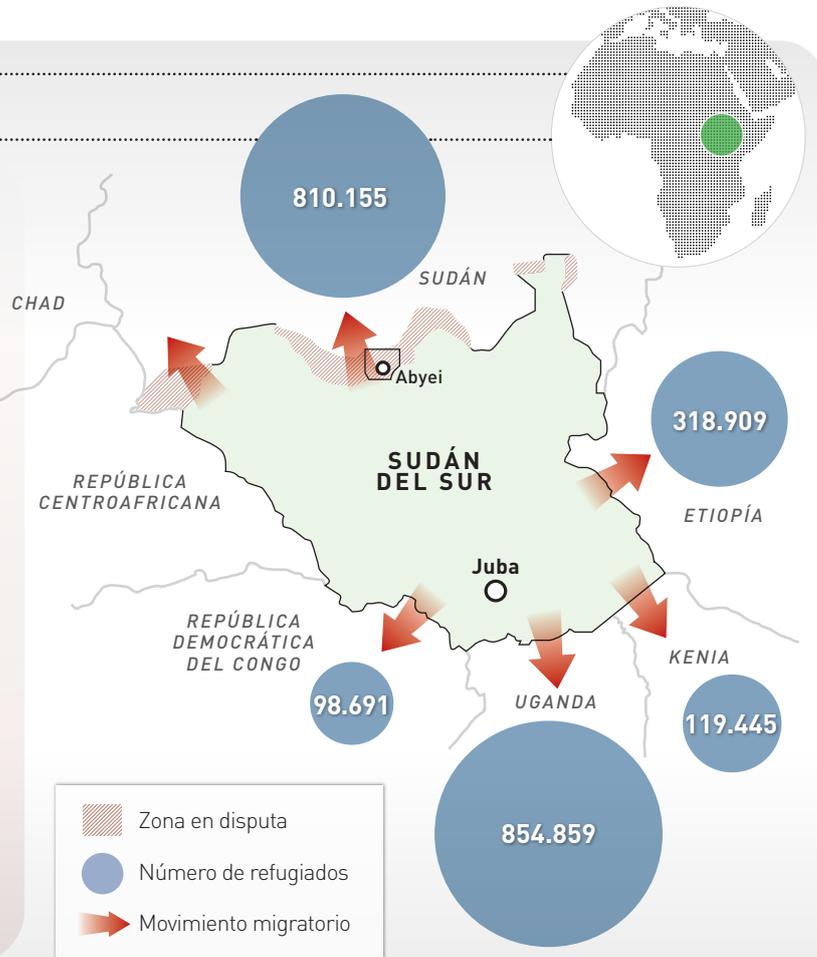
UN CONFLICTO OLVIDADO

→ **2.202.000**

TOTAL DE REFUGIADOS
DE SUDÁN DEL SUR



La catástrofe humanitaria de Sudán del Sur es considerada por ACNUR una de las más dramáticas que padece actualmente el planeta. De los once millones de habitantes del país, hay más de cuatro que han tenido que huir de sus casas y según los datos de la ONU, presentados en diciembre de 2019, más de 5,5 millones de sursudaneses pasarán hambre en 2020 y necesitarán ayuda internacional.



Rafael Navarro / Revista Española de Defensa / Fuente: ONU, Crisis Group ACNUR.

(organización regional formada por Etiopía, Kenia, Uganda, Somalia, Yibuti, Eritrea, Sudán y Sudán del Sur) ya había auspiciado sucesivas y siempre fallidas negociaciones entre los contendientes. Pero, sin dejar margen al desánimo, en agosto de 2015 consiguieron que las partes rubricaran un primer acuerdo de paz en la capital etíope, Addis Abeba.

Sin embargo, y a pesar de ser una *conditio sine qua non* del pacto, el regreso de Machar a Sudán del Sur desde su dorado exilio en Sudáfrica no se consumó hasta abril de 2016. En la capital Juba, los autoproclamados «hermanos» sellaron un Gobierno Nacional de Transición, que debía conducir el país a nuevas elecciones presidenciales en abril de 2018. Pero las esperanzas de paz fueron efímeras, y tan solo tres meses después, una refriega violenta entre las fuerzas de seguridad que protegían a ambos mandatarios se convirtió en *casus belli* en todo el país y, una vez más,

se truncó cualquier atisbo de diálogo político y pacificación definitiva.

A pesar de su disidencia con la IGAD por el evidente fracaso del acuerdo de 2015, la denominada *troika* (Estados Unidos, Reino Unido y Noruega) que lideró las negociaciones con Al Bashir para consumar la emancipación de Sudán del Sur en 2011, volvió a involucrarse en la búsqueda de una resolución consensuada del conflic-

La ONU tiene desplegados en el país a 19.000 cascos azules entre militares y policías

to pero sin cejar en sus reclamaciones para que la organización regional fuese el principal garante de las negociaciones de paz. En este contexto, la *troika* endureció su posicionamiento diplomático al tiempo que, en julio de 2015, el entonces presidente de Estados Unidos Barak Obama amenazaba a ambos bandos con imponer, si no frenaban la violencia, «fuertes sanciones y otras medidas coercitivas», pero rechazando de plano cualquier misión internacional de imposición de la paz como sugerían varios líderes africanos.

Sin embargo, la llegada de la administración Trump en 2017 supuso un claro retroceso del interés americano en terciar en el conflicto sursudanes y, con ello, socavó el papel mediador de la *troika* y también la determinación de la IGAD. No obstante, si bien su presión diplomática ha disminuido, Estados Unidos ha reforzado su postura ante la intransigencia del presidente Kiir que, en mayo de



Civiles sursudaneses que huyen de la guerra y la violencia reciben ayuda humanitaria en el pueblo de Juba, fronterizo con Sudán

2018, se convirtió en un verdadero ultimátum al Gobierno de Sudán del Sur: «Ha perdido toda credibilidad y Estados Unidos está perdiendo la paciencia (...) No vamos a mantener una asociación con líderes que solo están interesados en perpetuar una guerra interminable caracterizada por atrocidades de motivación étnica», afirmó la entonces embajadora de EEUU en la ONU, Nikki Haley. Pocos meses después, Estados Unidos promovió el definitivo embargo de armas del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas al país africano, además de mantener sus constantes amenazas para imponer nuevas sanciones a los instigadores de la violencia.

FRÁGIL PAZ

En abril de 2018, el primer ministro Abiy Ahmed asumió el liderazgo de Etiopía y, con la intención de centrarse en la reforma política interna y en solventar sus disputas con Eritrea, cedió el papel de mediador de la IGAD para Sudán del Sur a Al Bashir, por entonces presidente de Sudán, más próximo a Machar y siempre dispuesto a imponer su criterio

político en Juba. Como contrapeso, el presidente de Uganda, Yoweri Museveni —fiel apoyo de Salva Kiir— se asoció con el dirigente sudanés para promover la resolución del conflicto.

Por fin, en septiembre de 2018, Addis Abeba volvió a convertirse en testigo de un nuevo acuerdo de paz que, con la premisa de un cese inmediato de las hostilidades, asentó los parámetros para la constitución de un gobierno de transición en Juba en un plazo de ocho meses (con Salva Kiir como presidente, y en el que Machar recuperaba la vicepresidencia), y cuyo objetivo prioritario

El acuerdo de paz incluía la creación de un ejército nacional que todavía no se ha constituido

sería celebrar unas elecciones democráticas en el país tres años después de la constitución del gobierno. Entre los referidos parámetros, y como condiciones previas para restaurar la gobernanza conjunta, pactaron crear un ejército nacional —precedido del acantonamiento y entrenamiento de todas las fuerzas rebeldes, o su reintegración en la sociedad— y resolver la delimitación interna de Sudán del Sur: una distribución territorial que Riek Machar, para garantizar la supremacía de su étnia Dinka, había modificado a su conveniencia, ampliando hasta 32 los diez estados federales existentes al inicio del conflicto. Por último, aunque sin entrar en detalles, la protección de ambos dirigentes en Juba debía estar a cargo de una desproporcionada fuerza militar conjunta, algo que evidenciaba su sempiterna y mutua desconfianza.

Poco se avanzó en la consecución de los acuerdos en los meses siguientes, a excepción del cumplimiento del alto el fuego —el más largo desde 2013— que ha permitido a la población moverse con mayor libertad, resucitar la producción

agrícola y ganadera, y aumentar la distribución de la ayuda humanitaria. Sin embargo, la demarcación fronteriza estatal seguía en punto muerto, así como la formación del ejército nacional, de lo que acusaban directamente a Salva Kiir por no destinar suficientes recursos financieros para sufragar la reintegración de los grupos armados leales a Machar en los campamentos militares habilitados para tal fin.

En estas circunstancias, Machar solicitó un aplazamiento de seis meses para constituir el gobierno de transición, que fue aceptado por todos los agentes involucrados en las negociaciones. De esta forma, el presidente Kiir retiraba su peligrosa amenaza de restaurar la gobernanza sin la participación de su principal adversario político. Sin duda, una decisión suicida que, hubiese aniquilado cualquier posibilidad de salvar el acuerdo de paz de 2018. Por otro lado, con muy alta probabilidad, habría reavivado el conflicto armado como ya ocurrió en 2016, cuando Kiir reemplazó a Machar con un desertor del SPLA/M-IO, el ahora vicepresidente nuer Taban Deng Gai.

Transcurrido el plazo acordado, nada había cambiado. A pesar de una ingente y renovada presión internacional, el 12 de noviembre se reeditó el fracaso: los dos mandatarios volvieron a postergar la conformación del gobierno conjunto y acordaron otros cien días de prórroga. Un plazo en el que se deben dar pasos tangibles —fijados a través de una hoja de ruta consensuada— respecto a los dos referidos compromisos: la división estatal y la reunificación de sus combatientes, factores ineludibles para garantizar un periodo de transición pacífico y la preparación de unas elecciones democráticas en tres años.

Lo más preocupante de este nuevo bloqueo es que, una vez más, parece favorecer los intereses espurios de ambos dirigentes. Por su parte, Kiir no encuentra incentivo alguno en compartir el poder con Machar y, además, sabe que su fuerza militar sería muy supe-

rior en caso de enfrentamiento armado. Mientras que Machar considera que el retraso en el acantonamiento de sus grupos armados favorecerá su reagrupación como fuerzas de oposición al gobierno de Juba y, por otro lado, necesita buscar aliados externos tras la pérdida de su principal apoyo internacional, el ex presidente sudanés Omar Al Bashir.

Frente a tanto despropósito, la comunidad internacional está dando claros síntomas de hartazgo por la cerrazón de los líderes sursudaneses, y parece recobrar fuerzas con la pretensión de evitar un nuevo aplazamiento. La *troika* ha vuelto a escena y, en una declaración conjunta firmada a finales de noviembre en Juba, pide a la IGAD —a la que califican como «un actor crucial de los avances conseguidos»— que exija a las partes «la desmilitarización de Juba» y que todos respeten «el embargo de ar-



Miembros de la Misión de Asistencia de la ONU en la República de Sudán del Sur izan la bandera de las Naciones Unidas en Juba.

mas y las sanciones impuestas a Sudán del Sur». Por su parte, Estados Unidos ha sancionado directamente a los ministros de Defensa y de Exteriores del gobierno de Kiir por «involucrarse en acciones que dinamitan la paz».

Esta renovada presión exterior parece haber acelerado las negociaciones con el objetivo de convenir la delimitación fronteriza y la formación del ejército nacional: «Siempre hemos pensado —declaraba el mediador y vicepresidente de Sudáfrica, David Mabuza, tras la última reunión conjunta en la capital sursudanesa— que no debíamos apresurarnos para llegar a un consenso. Ahora, la gente de

Sudán del Sur debe saber que estamos a punto de conseguirlo». Un compromiso refrendado en Juba por Salva Kiir y un retornado Riek Machar el pasado 17 de diciembre: «Hemos dicho que en 100 días formaremos el gobierno, y cualquier negociación pendiente será resuelta por la nueva administración».

LA ÚNICA ALTERNATIVA

El conflicto de Sudán del Sur se ha convertido en el factor más desestabilizador del África Oriental, una región que está experimentando unos avances sorpresivos —no exentos de enormes desafíos— en los últimos meses. Entre otros, Etiopía avanza hacia una profunda reforma democrática y ha sellado un acuerdo histórico con Eritrea; mientras que Sudán se ha librado del dictador Al Bashir y pretende la instauración de un nuevo régimen político. En este contexto, es urgente que Salva Kiir y Riek Machar aseguren un periodo de transición política estable que pueda llevar al país a unas verdaderas elecciones democráticas, para que así los sursudaneses decidan su destino y quién debe liderar el futuro del país.

Sin duda, para la población de Sudán del Sur, y también para la comunidad internacional, resulta muy difícil confiar en que los principales artífices de este largo conflicto fratricida sean ahora capaces de liderar una transición pacífica. Por el momento, no hay otra alternativa. Ahora

es tiempo de reforzar la cooperación de los actores externos: principalmente los países miembros de la IGAD y de la *troika*, pero también la ONU, la Unión Africana y la Unión Europea. Entre todos, es posible que consigan presionar a Kiir y Machar para que lleguen, más pronto que tarde, a un consenso firme para liderar provisionalmente el país durante tres —y seguro convulsos— años. Si el proceso vuelve a descarrilar como en 2016, será muy caro buscar otra oportunidad a una paz que siempre ha estado ausente.

Teniente Coronel Jesús Díez Alcalde
Analista del IEEE